

ENCUENTRO 1: El “había una vez” de mi vida

En este primer encuentro queremos ayudarte a ir al principio de todo, donde se ha iniciado la aventura de tu vida. Porque todos tenemos un “comienzo”.



Había una vez...

—¡Un rey! —dirán en seguida mis pequeños lectores.

—No, muchachos, se equivocan. Había una vez un pedazo de madera.



“Al principio Dios creó el cielo y la tierra... Dijo Dios: que exista la luz. Y la luz existió”. (Gn 1, 1a; 3)

“Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios”. (Jn 1,1)



El “Érase una vez” plantea el problema del origen. ¿Quién estuvo allí una vez? ¿Dónde comienza todo? Y es que así comienza toda la historia, y cada historia, también la mía. Siempre ha habido un comienzo. Esto nos hace pensar en el comienzo del Evangelio de San Juan ya citado más arriba: “En el principio existía la Palabra” (Jn 1, 1). Es decir, al comienzo de todo está Dios, el Creador, el Ser por excelencia que da vida a todas las cosas. Lo querramos aceptar o no, al inicio del mundo ya Él estaba.

Sin embargo, es interesante cómo el problema de Dios no se convierte en la primera pregunta, sino en la segunda. Y es que la interrogantes de la vida siempre se proyectan mucho más hacia el futuro que hacia el pasado. De hecho, preferimos muchas veces huir del pasado, cerrar con el pasado, enterrar en ocasiones el pasado, porque nos interesa mucho más el futuro, lo que está por venir, lo que queremos vivir, lo que queremos hacer. Hasta que nos encontramos con la única realidad de la que no escaparemos y hasta cierto punto desilusiona todas nuestras aspiraciones: la muerte. Podemos proyectar sobre el futuro todos nuestros sueños, pero queda ahí el límite de un abismo que por fe “conocemos”, pero que en ocasiones cuesta aceptarlo. Entonces es cuando surge la pregunta sincera y profunda por el inicio.

Si creo que al final de la vida me espera Alguien, me espera Dios. Si creo que mis sueños no se disiparán como el humo en el cielo, sino que cada esfuerzo realizado, cada obra de bien, cada piedra puesta en la construcción de mi vida y de este mundo no queda descartada, sino que Allí nos espera Él; entonces cabe también preguntarse, ¿Acaso Él mismo no estuvo desde el principio? Y es que para comprender la vida el único modo es verla como proyecto. No soy fruto de una casualidad, sino que he sido pensado por Dios desde el principio. Dios mismo en este momento te piensa. Y cuando llegues al atardecer de la vida, Dios mismo te espera. Él, que es el mismo ayer, hoy y siempre, ha estado desde que has sido llamado a EXISTIR.



¿Podrías recordar y describir un evento o una persona que cambió tu vida? ¿Qué te ha hecho empezar de nuevo, qué te ha dado una nueva oportunidad para re-iniciar?

Te invitaría a compartir en el grupo tu testimonio de cómo alguien ha creído en ti, ha confiado en ti, ha apostado por ti. Incluso puedes compartir un hecho que te ha marcado y te ha cambiado, un hecho que te ha devuelto la esperanza.

Saca un momento del día para orar por aquellas personas que han estado a tu lado desde el comienzo. Y si tienes la oportunidad, hazles saber este sentido profundo de agradecimiento.



No era una madera de lujo, sino un simple pedazo de leña de esos palos que en invierno se meten en las estufas y chimeneas para encender el fuego y caldear las habitaciones. No recuerdo cómo ocurrió, pero es el caso que, un día **sucedio** que ese trozo de madera llegó al taller de un viejo carpintero.



“Dios vio que todo cuanto había hecho era muy bueno”. (Gn 1,31a).

“No mires su apariencia... no es como ve el hombre, pues el hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón”. (1 Sam 16,7).



“**Sucedio**”, por un lado indica la forma en que nos miramos y miramos el mundo: ¿tal vez vine a este mundo como un pedazo de madera? ¿tal vez soy una coincidencia del destino o estoy aquí porque Alguien lo ha querido? Nada sucede por casualidad, incluso el mismo san Pablo en una de sus cartas dice que “en todas las cosas interviene Dios para bien de los que lo aman” (Rm 8,28). No somos un pedazo de madera puesto en el mundo. Y es que cuando se pierde de vista lo que somos, entonces podemos reducirnos a lo que otros quieren, incluso podemos reducirnos a nuestros mayores rechazos. Y es triste ver a un joven reducido al autorechazo o al rechazo de los demás.

Hoy la realidad me dice que no valgo nada si no me presento como el mundo quiere, si no sigo los parámetros de una sociedad o de una cultura juvenil lejos, muchas veces, de los valores cristianos: ¿soy la más linda o el más lindo del grupo?, ¿tengo el último celular? ¿obtengo las mejores calificaciones? ¿me muestro musculoso o bien cuidado/a? ¿mi ropa y mis zapatos son de marca?... Este es el reclamo de hoy para comprender todo sin necesitar del misterio, para no necesitar de Dios y de los demás. Quizás la crisis económica en la que hemos nacido y vivimos nos ha llevado a incluir en nuestro ADN una forma predeterminada de ser. Y valemos o somos porque ya tenemos un acento sobre nuestras espaldas. Los demás nos tienen catalogados como se cataloga un libro. Y esto pasa porque podemos vivir sin aceptar lo que somos, inclusive sin saber realmente quiénes somos. Y cuando esto se desconoce, cualquiera puede definirnos. Cuántas máscaras para ser aceptados, cuántas falsas sonrisas para pertenecer a un grupo, cuántas mentiras para que los demás piensen lo que realmente escondo, cuánta caricatura para simplemente intentar decir que tengo amigos, cuánta falsedad hipócrita para esconder mi verdad...

Hay, además, otro detalle interesante respecto al “**sucedio**” de la historia que estamos leyendo. Y es que podemos caer en la tentación de acostumbrarnos a ver lo mismo y a ser indiferentes. A juzgar por lo primero que vemos, sin ver más allá de lo que realidad nos muestra. Sucede que cuando falta motivación e interés, nuestra mirada se nubla y sólo vemos la cruda realidad. Y ya no hay espacio a la novedad, a lo fantasioso, al milagro. Cuando todo se pierde y entramos en el frío cálculo de conocer tal cual lo que se nos presenta, entonces todo aquello que nos rodea pocas veces nos sorprenderá porque ya nos hemos habituado a verlo como “un pedazo de madera”, sin fantasías, sin sueños, cansados y estériles. Y desafortunadamente esta forma de pensar también cambia nuestra relación con el mundo y con los demás: esta persona me sirve solo por un momento, esta otra persona me es útil porque me ayuda, este

otro no me es importante... incluso las relaciones de pareja entran en el cálculo de un tiempo usado y deshechado.



¿Cómo estás viviendo tu vida en estos momentos?

¿Estás orgulloso de ti mismo y de las cosas que haces o no? ¿Te aceptas como eres o no?

¿Cómo miras el mundo: con novedad o rutina? Te invitaría a compartir algunas ideas de cómo miras la realidad que te rodea, si eres de los que saben leer en profundidad o juzgas según el primer encuentro, la apariencia.



Apenas vio el maestro Cereza aquel trozo de madera, se alegró mucho y, frotándose las manos de gusto, murmuró a media voz:

—Esta madera ha llegado a tiempo; con ella haré la pata de una mesita.

Dicho y hecho. Cogió en seguida un hacha afilada para empezar a quitarle la corteza y a desbastarla. Cuando estaba a punto de dar el primer golpe, se quedó con el brazo en el aire, porque **oyó una vocecita muy suave** que dijo:

—¡No me golpees tan fuerte!

¡Figúrense cómo se quedó el buen viejo! Giró sus espantados ojos por toda la habitación, para ver de dónde podía haber salido aquella vocecita, y no vio a nadie.



“Su amor llena toda la tierra” (Sal 33,5b).



En todo hay más de lo que podemos conocer o poseer. La realidad no es un simple pedazo de madera, la vida no es un simple ciclo biológico, las relaciones no son tan lineales como queremos, el otro no responderá o será como queremos que sea...

Quieres saber la realidad, quieres saberlo todo, pero siempre hay algo más, algo que trasciende y se te escapa. Algo que va más allá de tus capacidades, de tu razón y de tus sentimientos. ¿Cuántas veces sabemos algo y después de un tiempo nos damos cuenta de que no lo hemos entendido completamente, de que aun allí hay un misterio que no sabemos, de que incluso somos un misterio para nosotros mismos? La realidad nos habla, la vida nos habla, nuestra historia nos habla, las cosas que nos suceden nos hablan, incluso sutilmente. Y esta “vocecita” no es más que la voz de Dios, la voz de nuestra conciencia; una voz que a veces la descartamos y silenciamos; o tal vez, una voz que ni sabemos que existe porque nunca la hemos escuchado.

Los jóvenes tenemos el gran defecto de seguir el impulso de primera. Nos damos cuenta de nuestras metiduras de pata una vez que ya las hemos hecho. Y es que el impulso juvenil es “normal”, porque es propio de la edad, pero necesita ser filtrado por una prudencia que merita el saber pensar qué cosa hay detrás de cada palabra, de cada encuentro, de cada hecho, de cada acontecimiento. No podemos sacar conclusiones a la primera. Es necesario detenerse, analizar, ver, escudriñar, y por último decidir bien.

Estamos en las manos providentes de Dios. No hay nada que suceda que no esconda detrás un plan mucho más grande y abarcador, aunque en el presente cueste aceptarlo. Cuántas cosas no hemos comprendido después de un tiempo. Y si nos ponemos a pensar en todas las crisis por las que hemos pasado, sería imposible haber pensado que eran necesarias para que hoy entiéramos lo que allí no éramos capaces de entender. El cristiano es una persona que lee los signos de la vida. Y cada día tenemos la oportunidad de ejercitarnos en esta lectura misteriosa que incita a la atención.



¿Has escuchado la voz de Dios en los acontecimientos de tu vida? ¿Crees que las cosas que te suceden son pura suerte, fatalidad, destino, o es parte del proyecto de Dios para tu vida?

Intenta compartir al resto de los jóvenes dónde has encontrado a Dios. Te invito a que cuentes tu testimonio. Quizás puedas ayudar a otro que en estos momentos no es capaz de ver luz en lo que vive.



—Esta mañana se me ha metido una idea en la cabeza.

—Cuénteme.

—**He pensado en fabricar un bonito muñeco de madera;** un muñeco maravilloso, que sepa bailar, que sepa esgrima y dar saltos mortales. Pienso recorrer el mundo con ese muñeco, ganándome un pedazo de pan y un vaso de vino; ¿qué le parece?



“Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que tenga autoridad sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, sobre los animales del campo, las fieras salvajes y los reptiles que se arrastran por el suelo” (Gn 1,26).

“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te consagré” (Jer 1,5).



Cada uno de nosotros ha sido deseado, no hemos llegado al mundo por azar del destino. Nos han pensado desde la eternidad y nos han esperado unos padres que han querido decir sí a la vida, y te han dicho Sí. Es hermoso pensar que Alguien me fue entretejiendo en el seno de mi madre, y allí me consagró, allí me mostró la vida y me trazó un camino. Y es que venir al mundo no es simplemente para ser feliz. Venir al mundo entra en la dinámica de encontrar el sentido del por qué estoy aquí. Claro está, en la medida en que lo descubra, seré feliz; pero no puedo ir por el mundo esperando a que alguien me diga el significado de mi existencia.

Soy un hijo pensado y soñado. Soy un vida querida. Y soy único, y no ha existido nadie ni existirá nadie como yo. Porque yo soy único.

Y por tu propia originalidad no habrá nadie que hará aquello para lo que has sido creado. Tienes solo aquel nexo de tiempo que se llama vida para hacer lo que nadie ha podido hacer o nadie en tu lugar hará. Sé original, porque ya el mundo tiene bastantes copias. Así que medita esta magnífica frase del Beato Carlo Acutis: “todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias”.



¿Eres consciente de que Dios tiene un plan para ti? ¿Sabes en qué consiste este proyecto? ¿Qué estás haciendo para descubrir lo que Dios quiere para tu vida? ¿Aceptarías libremente este proyecto o te causa miedo aceptarlo?

Comparte en el grupo alguna experiencia, incluso vocacional, que hoy estés viviendo en relación con el proyecto de vida que hoy tienes.